

Volvió Irene á su retiro llena de alegría por el feliz éxito de una expedicion tan peligrosa, que reconoció debida á la divina asistencia; y cuando continuaba mas fervorosa en sus laudables ejercicios, envidioso el demonio de los grandes progresos que cada día hacia en la carrera de la perfeccion sostenida con la gracia, suscitó uno de los mas estraños artificios de su malicia para manchar la pureza de la santa virgen. Valiéndose de la familiaridad que tenia Remigio con Irene con motivo de su magisterio, comenzó á hacer al monge tan cruel guerra, levantando en su corazon una tempestad deshecha de tentaciones deshonestas, que rendido al fin á los violentos ataques del tentador, vino á manifestar su ciega pasion á la castísima doncella; pero como ésta era tan amante de la pureza, avergonzada de una solicitud tan inesperada en quien se encargó de fomentar en ella las mas santas ideas, llena de rubor reprendió la audacia del lascivo religioso; el que corrido, pero no enmendado de su arrojó, convirtiendo el desenfrenado amor en aborrecimiento, resolvió vengarse de la inocente virgen, dándola á beber artificiosamente una bebida que la elevó el vientre en términos que parecia estar embarazada.

Divulgóse la infame nota por todo el pueblo, fácil de creer semejantes novedades; supolo Britaldo, y encendido en descompasados zelos, acordándose de lo pactado y ofrecido por Irene, resolvió darla muerte, bajo el supuesto de que en otro habia puesto su amor violando su promesa. Valióse de un soldado para la ejecucion de tan impío atentado, el cual buscaba con la mayor diligencia ocasion proporcionada para satisfacer su intento. Salió una noche la Santa á desahogar sus penas á la ribera del rio Naban, cercano al pueblo, al que dió el nombre de Nabancia; y cuando estaba de rodillas en la mas fervorosa oracion bañada en lágrimas, clamando al Señor que la librase de la infamia que padecia, pues le constaba su inocencia, acometiéndola el asesino, la atravesó la garganta con una espada, y para encubrir tan abominable hecho arrojó el cuerpo de la ilustre mártir al rio.

Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria á sus tias Julia y Casta la pérdida de Irene. Estaban inconsolables temiendo algun rumbo desastrado en la sobrina; estimulada de la dolorosa pena que la afligia continuamente; pero aquel Señor que permitió el atentado por sus juicios impenetrables, providenció los mas asombrosos medios para declarar la inocencia de su fidelísima sierva.

Hallábase en oracion su tio el abad penetrado del mismo sentimiento, y habiéndole revelado Dios todo el suceso circunstanciado, valiéndose del alto concepto que debia al pueblo, le convocó

y condujo en solemne procesion al lugar del homicidio. Habían llevado las corrientes del rio Naban el venerable cadáver al caudaloso rio Tajo, y llegando á él la procesion, vieron con admiracion todos los concurrentes, que retiradas las aguas de su antigua corriente, habian dejado en seco el cuerpo de la Santa sobre un suntuoso sepulcro, labrado por ministerio de los ángeles, con repeticion del mismo asombroso prodigio que sucedió en la muerte de S. Clemente pontífice.

Quiso el abad con toda la comitiva estraer el cadáver de aquel lugar; pero no pudiendo conseguirlo á pesar de las mas eficaces diligencias, quedaron todos convencidos de que era la voluntad de Dios que allí permaneciese, confirmándose mas en este concepto con el nuevo prodigio que ocurrió luego que se retiraron, que fué volver las aguas del Tajo á su antigua corriente, cubriendo con su cristalina pureza la infame nota que fulminó la iniquidad contra la casta esposa de Jesucristo, que quiso recomendar la santidad de su fidelísima sierva con la referida maravilla y con otros muchos milagros que obró al contacto de algunas reliquias que el abad trajo á su monasterio: tomando el pueblo de Scalabiz, en cuya jurisdiccion estaba el sepulcro, el nombre de santa Irene, bien que corrompido y abreviado el vocablo, ha quedado en el de Santaren.

Del monge Remigio y del soldado que asesinó á la santa virgen, dicen los breviarios que en Roma hicieron digna penitencia de sus pecados. Fijan este suceso en el año 653 en que reinaba Recesvinto en España.

#### SAN JUAN CANCIO, SACERDOTE SECULAR.

SAN Juan Cancio nació á 24 de junio de 1406, en un lugar llamado Kencio, del obispado de Cracovia, en el reino de Polonia. Sus padres fueron Estanislao y Ana, ambos ilustres no menos por la nobleza de su sangre, que por su cristiana piedad, en la cual criaron con gran diligencia á su hijo Juan, inspirándole desde sus tiernos años con sus palabras y ejemplos el aborrecimiento al vicio y el amor á la virtud. Por este motivo tuvo Juan la feliz suerte, ó para decirlo mejor, recibió de Dios nuestro Señor la gracia de conservar la inocencia, y de evitar los pecados y desórdenes, á los cuales suele estar demasiado sujeta la edad juvenil: despues de haber pasado Juan los primeros años bajo el cuidado de sus piadosos padres, y de haber aprendido en su misma casa las letras humanas, le enviaron éstos á la ciudad de Cracovia para que en aquella universidad, recientemente fun-



dada por Uladislao rey de Polonia, estudiase la filosofia y teología. En efecto, estudió el siervo de Dios en dicha universidad con mucha diligencia y aplicacion estas facultades; y como era de un ingenio muy perspicaz y penetrante, aprovechó tanto en el estudio, que obtuvo en ambas el grado de doctor ó maestro, el cual en aquellos tiempos se concedia, no por ceremonia y pura formalidad, como frecuentemente sucede al presente, sino por recompensa de la virtud y como un auténtico testimonio de la habilidad de aquellos que lo obtenian.

Pero lo que mas importa es, que S. Juan conservó siempre la misma pureza de costumbres en medio de las ocupaciones de sus estudios, y entre los peligros á que se hallaba espuesto fuera de la vista y sujecion de sus padres. A este fin llevaba una vida retirada y mortificada, alimentaba su alma con el dulce pábulo de la oracion, de la leccion espiritual y de los santos sacramentos; sobre todo, resplandecia en él una singular humildad, que es la basa y el fundamento de la piedad cristiana. Por cuyo motivo, aunque los principales doctores y maestros de la universidad estimasen y admirasen mucho su mérito y sus virtudes, él se reputaba sinceramente el menor de todos y se creia indigno de cualquiera honor ó magisterio. Por esto fué preciso hacer fuerza á su humildad, para que consintiese á recibir primero el sobredicho grado de doctor, y despues el cargo de enseñar á otros la filosofia, el cual desempeñó tan escelentemente y con tan universal aplauso, que los rectores de aquella universidad le eligieron dos veces decano del colegio de doctores de filosofia de la misma universidad. Despues que por algun tiempo el siervo de Dios hubo enseñado la filosofia, dejando los estudios filosóficos se aplicó enteramente al estudio de la sagrada teología, de la cual fué maestro escelente, cuando fué destinado á enseñarla á los jóvenes seglares, que de todo el reino de Polonia acudian en grande número á aquella universidad. Las lecciones que hacia sobre las materias teológicas, todas las sacaba de las puras fuentes de la sagrada Escritura y de la tradicion de la Iglesia; procurando no solo alumbrar el espíritu de sus discípulos con la luz de la ciencia, sino tambien inflamarle en el ardor de la caridad y piedad cristiana; al logro de cuyo objeto contribuia mucho el ejemplo de su santa vida, llena de virtudes, y en la cual como en un clarísimo espejo podian mirarse los jóvenes que frecuentaban su escuela y aprender lo que debian practicar.

Entre tanto creciendo en el hombre de Dios el fervor de espíritu y el deseo de ayudar á sus prójimos, habiendo ya abra-

zado el estado eclesiástico, fué promovido por el obispo de Cracovia al grado de sacerdote y destinado á dispensar al pueblo el pan evangélico de la palabra de Dios. Entonces la virtud de Juan resplandeció con mayor lustre á los ojos de todos; porque cuando se acercaba al altar para ofrecer á Dios el incruento sacrificio, que era todos los dias, era tal su compostura y devocion, que causaba á todos los presentes suma edificacion. Del mismo modo cuando subia al púlpito á predicar la palabra de Dios, era tan grande su zelo y la eficacia de sus palabras, que ocasionaba en sus oyentes una estraordinaria conmocion, siendo su costumbre reprender los vicios con libertad evangélica, sin mirar respetos humanos; por lo que era copiosísimo el fruto que sacaba de sus sermones. Ni era menor el zelo que descubria en las conversaciones y pláticas familiares, exhortando á todos á huir el pecado y abrazar la virtud. Finalmente continuando el siervo de Dios, aun despues que fué sacerdote, en enseñar la sagrada teología en la universidad de Cracovia, no se puede bastantemente declarar cuales y cuantas fuesen las industrias de que se valia, para imprimir en los ánimos de los estudiantes el horror al vicio y el amor á Dios nuestro Señor, y á las máximas santas de nuestra católica religion; por lo que de su escuela salian los jóvenes no menos doctos en las verdades y dogmas de nuestra santa fe, que instruidos y fundados en las máximas de la cristiana piedad. En suma, el santo y piadoso sacerdote en todas sus acciones y discursos procuraba siempre promover la gloria de Dios y la salud de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, teniendo fijas en su espíritu las palabras de este divino Salvador, con las cuales ha enseñado á todos los cristianos, y mas en particular á los sacerdotes, que la caridad del prójimo es el carácter propio y distintivo de sus verdaderos discípulos.

Esta caridad de Juan para con sus prójimos le impelia á socorrer de la manera que podia las necesidades temporales de las personas afligidas y menesterosas. Por eso empleaba la mayor parte de los honorarios que recibia como lector y maestro de la universidad de Cracovia, en socorrer las necesidades de las viudas, de los huérfanos y de los pobres. Todos los años al acercarse el invierno, solia proveer de vestido y de calzado, en cuanto lo permitian sus fuerzas, á las personas que se hallaban faltas de él, á fin de defenderlas del frio, que suele ser rigurosísimo en el país septentrional de Polonia; y algunas veces encontrando algun pobre descalzo, le daba su propio calzado y él se volvia desnudo de pies á su casa, dejando caer la capa hasta la tierra,



á fin de que su mortificacion y misericordia no fuese conocida: otras veces hallando algun pobre mal cubierto, tiritando de frio, se desnudaba de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de aquel pobre, en el cual con los ojos de la fe reconocia la persona de Jesucristo: sucedió no pocas veces, que hallándose ya sentado á la mesa con los otros doctores del colegio de la universidad, con los cuales vivia como en comunidad; teniendo una mesa y habitacion comun, oyendo pasar por la calle algun pobre que pedia limosna, se privaba de la propia comida para darla á aquel pobre hambriento; y de aquí resultó, que los doctores de la universidad movidos del ejemplo de su santo compañero, establecieron suministrar todos los dias á un pobre el necesario alimento, como si fuera uno de sus comensales, lo que se ha observado siempre desde entonces y se observa aun en nuestros dias. Cuanto el Santo era propenso á socorrer la necesidad de sus prójimos, hasta privarse á este fin de las cosas necesarias, tanto era amante de mortificarse, haciendo frecuentes y rigurosos ayunos y vistiendo pobremente; de modo que en el invierno, que, como se ha dicho, es rigurosísimo en Polonia, sufría la incomodidad del frio; y para mortificar mas su carne y sujetarla al espíritu, acostumbraba dormir poco y muchas veces sobre unas tablas desnudas, ó bien sobre el suelo; solia ceñirse los lomos con un áspero cilicio y tomaba frecuentes y rigurosas disciplinas. Pero sabiendo que el principal estudio de un cristiano debe consistir en la interior mortificacion de las pasiones, no dejó jamás de ejercitarse todo el tiempo de su vida en toda suerte de mortificaciones. De aquí resultó que no solo sufría con alegría de su alma cualquiera palabra injuriosa que se le dijera, y cualquier desprecio que se hiciese de su persona, sino que buscaba de propósito las ocasiones de ser hollado y despreciado, siendo en esto mas diligente de lo que son los hombres del mundo en buscar las ocasiones de ser exaltados, elogiados y estimados; y con el fin de tener siempre delante de sus ojos estas máximas evangélicas tan contrarias al amor propio y á la inclinacion de la naturaleza, tenia escritos algunos versos en las paredes y en la puerta del cuarto de su habitacion, y en los libros de su uso, que le acordasen la resolucion que habia hecho de humillarse y envilecerse en todas las cosas.

El manantial de donde se derivaban á la alma del bienaventurado Juan las luces y las gracias celestiales para practicar la caridad, la humildad y las demás virtudes cristianas, era la oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que le quedaba libre de sus ocupaciones, todas dirigidas á la gloria de Dios y á la salud

de las almas: en este ejercicio de la oracion y en la lectura de los libros sagrados pasaba la mayor parte de la noche, pues, como se ha dicho, no daba á su cuerpo sino un breve é incómodo reposo. La materia mas frecuente de su oracion y meditacion eran los misterios de la vida y pasion de Jesucristo nuestro Salvador; y solia pasar muchas horas de la noche, cuando los demás dormian, postrado delante de una devota imágen de Jesucristo crucificado, colocada cerca la puerta de la habitacion de los doctores del colegio de la universidad donde el Santo habitaba. Aquí quedaba muchas veces absorto y arrebatado en dulcísimos éstasis, contemplando el infinito amor de un Dios abatido y humillado hasta la muerte de cruz por la salvacion del género humano, y se anegaba en tiernas lágrimas considerando la monstruosa ingratitud de los hombres, los cuales corresponden tan mal á la excesiva caridad de su amable Redentor.

Esta tierna devocion á la pasion de Jesucristo le hizo emprender la peregrinacion á la Tierra Santa, á fin de visitar los lugares santificados con la presencia corporal de nuestro divino Salvador; hizo esta larga peregrinacion siempre á pié, rehusando aceptar la comodidad de la cabalgadura que los que le acompañaban en este viaje frecuentemente le ofrecian. Así que llegó á Palestina visitó aquellos lugares, en los cuales se veneran las memorias de los misterios de nuestra redencion, especialmente el santo sepulcro, con tal compuncion de corazon y tantas lágrimas de devocion, que si se le hubiese permitido no se hubiera separado de aquellos santos lugares en todo el resto de su vida. Despues que el siervo de Dios hubo satisfecho á su devocion, se volvió á su país del mismo modo que habia salido de él; es á saber, siempre á pié y con mucho recogimiento de espíritu y todo encendido en nuevas y ardientes llamas de la divina caridad. Tenia tambien el Santo una particular devocion á los príncipes de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo; por cuya causa cuatro veces en distintos tiempos fué á Roma en la misma forma de pobre peregrino y con el mismo espíritu de recogimiento y de penitencia. Todo el tiempo que se detuvo en Roma lo empleó en visitar el sepulcro de los santos Apóstoles y los demás santuarios de que abunda aquella metrópoli del cristianismo, sin cuidar de ver las cosas curiosas y la magnificencia de aquella gran ciudad; porque en sus peregrinaciones no buscaba sino visitar y venerar las memorias y las reliquias de los Santos, con el fin de animarse siempre mas á seguir sus huellas y á implorar su proteccion para llegar al mismo término de la vida bienaventurada de que ellos gozan en el cielo.



En una de estas peregrinaciones acaeció que algunos ladrones le acometieron en el camino y le hurtaron el dinero que llevaba para el viaje; y preguntándole despues si tenia mas dinero, el siervo de Dios respondió que nó; pero apenas los ladrones se habian algun tanto alejado, cuando acordándose el siervo de Dios que tenia algunas monedas escondidas en el vestido que llevaba encima, los volvió á llamar, y les dijo: *Yo me habia olvidado de estas monedas que tenia aquí guardadas; yo no quiero decir ninguna mentira, y así tomad tambien estas monedas que me han quedado.* Los ladrones quedaron atónitos á este ofrecimiento, y admirando su virtud y movidos de la santidad que se descubria en su rostro, no solamente no le quitaron aquellas monedas, sino que le restituyeron todas las que le habian ya hurtado, pidiéndole perdon de su atentado y partiéndose de su presencia muy compungidos de su pecado. Y á la verdad, así en el porte del siervo de Dios como en todas sus acciones y discursos resplandecia una singular piedad que le conciliaba una grande estimacion de todos los que tenian ocasion de hablar y tratar con él. De aquí resultó, que habiendo vacado la iglesia parroquial del lugar de Ol-Kusz, cinco millas distante de la ciudad de Cracovia, los rectores de aquella universidad, á quienes pertenecia proveerla de pastor, eligieron la persona de Juan, su bienaventurado compañero, y le confiaron la administracion de ella, la cual el siervo de Dios aceptó de mala gana y solo por obediencia. Cumplió el Santo con mucha diligencia é igual fruto de las almas que tenia confiadas á su cargo, con todas las funciones de un bueno y vigilante pastor, apacentándolas con el pan de la palabra de Dios y con los ejemplos de su santa vida, socorriendo con mucha caridad todas las necesidades así espirituales como temporales de sus feligreses. Pero despues de algun tiempo, haciéndole mucha impresion los peligros que van unidos con la cura de las almas, y temiendo, atendida la delicadez de su conciencia, hacerse culpable delante de Dios de alguna omision, tan fácil de cometerse en la cura pastoral de las almas, rogó con muchas instancias á los sobredichos rectores de la universidad que le descargasen de aquel peso, que para su profunda humildad era intolerable. Habiendo obtenido la gracia deseada, volvió á continuar las primeras funciones de enseñar las sagradas letras á los clérigos jóvenes, destilando, como arriba se ha referido, no menos en su mente la doctrina de la Iglesia, que en su corazon la piedad cristiana, á fin de que con el tiempo saliesen buenos y doctos ministros en los oficios de la Iglesia; ocupacion verdaderamente digna de ser imitada de aquellos ecle-

siáticos que, siendo dotados de talento y de ciencia, se hallan en estado de poder formar buenos alumnos, de que suele haber tanta escasez para el servicio de la Iglesia. Continuó tambien el Santo en predicar la palabra de Dios con igual zelo y fruto de numeroso concurso de toda suerte de personas que acudian á oír un predicador, que con los ejemplos de su santa é irreprehensible vida confirmaba lo que enseñaba con sus palabras. Finalmente, no habia obra de misericordia que, estimulado de su inflamada caridad, no abrazase y practicase con mucho gusto, ya con los presos detenidos en las públicas cárceles, procurándoles todo el alivio y consuelo posible; ya con los enfermos del hospital, visitándoles para consolarles en sus enfermedades y exhortarles á sufrir sus males con paciencia y resignacion; ya empleándose en socorrer las personas que á él recurrían en sus necesidades; de modo, que él era como el comun padre de las personas afligidas y atribuladas.

Habia ya cumplido nuestro Santo los sesenta y siete años de su edad, cuando esperiméntó que perdía notablemente las fuerzas de su cuerpo, maltratado de sus penitencias y de las muchas fatigas padecidas por la gloria de Dios y por la salud de sus prójimos. Entonces previendo que tenia cercana la muerte, que miraba como el término de su destierro en este valle de miserias, se preparó á ella con actos de mas ardiente caridad, y con distribuir á los pobres de Cristo las pocas cosas que le quedaban y que servían á su necesario uso. En efecto, poco despues fué acometido de su última enfermedad, la cual sufrió no solo con paciencia, sino tambien con mucha alegría y gozo de su alma, repitiendo con frecuencia aquellas palabras de David: *Heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est: ¡Ay de mí! que se ha prolongado tanto mi habitacion en este valle de lágrimas:* con las cuales palabras declaraba los ardientes deseos que tenia de ser desatado de las prisiones del cuerpo para llegar presto á la bienaventurada patria del cielo. Recibió con extraordinaria devocion los santos sacramentos de la Iglesia, y lleno de confianza en la divina misericordia durmió el sueño de los justos á 24 de diciembre de 1473. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia colegiata de Santa Ana de la ciudad de Cracovia; y Dios nuestro Señor se dignó ilustrarle con muchos milagros; los cuales testificaron siempre mas y mas á los hombres su heroica santidad, de la cual la santa Sede dió un público testimonio en el año 1680, escribiéndole en el número de los Beatos. Pero creciendo siempre mas la devocion de la nacion polaca, y especialmente de la ciudad y universidad de Cracovia hácia este su



ciudadano, y obrándose en su sepulcro nuevos y continuos milagros, la santidad de Clemente XIII le canonizó solemnemente en el mes de julio de 1767 junto con los beatos Jerónimo Emiliano, José de Calasanz, José de Cupertino, y Juana Francisca de Chantal, aprobando para este fin diferentes milagros autenticados.

*La misa es de los fieles difuntos, y la oracion la que sigue:*

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, concede á las almas de tus siervos y de tus siervas la remision de todos sus pecados, para que con-

sigan por las piadosas oraciones de tu Iglesia la indulgencia y el perdon que siempre desearon de tí. Que vives y reinas, etc.

*La Epistola es del cap. 14 del Apocalipsi.*

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decía: Escríbe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.

Desde ahora, les dice el espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

### REFLEXIONES.

¿Morirá gloriosamente aquel que muere en el lecho del honor, entre la opulencia y la abundancia, cuando se sigue á la muerte una infamia eterna, con una eternidad de tormentos? ¿de qué servirá en la hora de la muerte la triste memoria de los gustos pasados? Fiestas mundanas multiplicadas, amontonadas diversiones, cadena perpetua de pasatiempos, serie de prosperidades, suntuosidad, esplendor, magnificencia, ¿qué poca cosa pareceis á un hombre que se está muriendo! ¿Será gran consuelo pasar de un magnífico palacio á una hedionda sepultura? ¿de una blanda y rica cama al fuego del infierno? ¿de una numerosa y brillante corte á la compañía de los demonios y de los condenados? ¿será mucha dicha morir poderoso, estimado, temido y amado de todo el mundo, y ser despues condenado?

*Beati, qui in Domino moriuntur.* Este es el único secreto para ser dichosos; esto vale mas que todos los tesoros del mundo, que todas las prosperidades de la vida, que todas las grandezas de la tierra. Esta es la única felicidad que hay en ella; cualquiera otra no es mas que ilusion, deslumbramiento y quimera.

*Bienaventurados los que mueren en el Señor;* esto es, los que mueren en gracia, en la amistad del Señor; esto si que es morir rico, poderoso, colmado de honor y de gloria.

Mas que la vida haya sido turbada con mil desgraciados contratiempos; mas que estos brevísimos dias que se vivieron fuesen acompañados de disgustos y de enfadosos accidentes; mas que los trabajos hubiesen escedido al número de los dias; todos estos trabajos, todos estos accidentes, todos estos contratiempos solo se representarán entonces como un sueño pasajero. Sin dificultad se concibe, que al que muere en gracia de Dios solo le queda entonces una memoria superficial de todo esto. En aquel momento comienza á gozar una felicidad llena, colmada, que verdaderamente sacia el corazon; una alegría pura y eterna; una avenida de consuelos y de suavísimos deleites que le inunda, sucediendo unos dias despejados, llenos de calma, siempre serenos, á aquellos dias oscuros, nublados y turbados, de que apenas queda una confusa memoria. El que muere en el Señor, muere para vivir. Esto se llama hacer fortuna. ¿Qué son hoy todos aquellos poderosos monarcas que metieron tanto ruido? ¿aquellas personas tan celebradas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿aquellos hombrones que ocuparon con tanto estrépito los primeros empleos de la Iglesia y del Estado? ¿qué son aquellos imaginarios dichosos del siglo, si al cabo se condenaron? Pero, ¿y qué serán todos aquellos que no murieron en el Señor? ¿cuantos leerán estas reflexiones que merecerán la triste suerte por no haber trabajado en vida por merecer otra enteramente contraria? Es preciso vivir y perseverar en la gracia del Señor, para lograr la dicha de morir en el Señor.

*El Evangelio es del cap. 6 de S. Juan.*

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los judios: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judios, y decian: ¿Como puede éste darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.



## MEDITACION.

*De la necesidad de disponerse para la muerte.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que la necesidad de disponerse para lograr una santa muerte es indispensable; no hay cosa de tanta consecuencia como la muerte, no la hay mas dificultosa que una buena muerte, sobre todo cuando no se ha preparado para ella durante el tiempo de la vida. ¿Qué cosa mas irreparable que una muerte infeliz? Con todo eso, ¿qué cosa mas olvidada que prevenirse con tiempo para lograr una buena muerte?

Si se muriera dos veces, no seria tanta imprudencia arriesgarse á morir mal la primera vez; podriase reparar esta falta en la segunda; habria tiempo todavía para hacer penitencia de una mala vida y de una mala muerte. Pero una vez sola se muere; y de esta sola muerte depende una eternidad feliz, ó una desdichada eternidad.

Cuanto mas hubiéremos trabajado para el cielo, mas santa habrá sido nuestra vida, y mas interés tendremos en acabarla santamente para no perder el fruto de nuestros trabajos. Es verdad que la buena muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas ajustada; y todos los merecimientos de la mas ajustada vida no bastan para respondernos de una buena muerte. Y en medio de eso, ¿se piensa mucho en la muerte? ¿nos disponemos con mucho cuidado para esta muerte? Al ver nuestra indolencia en punto tan importante, ¿no se dirá que no hay cosa mas fácil ni mas comun que lograr una santa muerte?

Si para morir bien no se necesitara mas que recibir los santos sacramentos, besar devotamente un Crucifijo, y tal vez derramar algunas lágrimas, seria menos intolerable nuestra imprudencia. No siempre es dificultoso encontrar un hábil y zeloso confesor que nos asista en aquel último peligro; ¡pero cuantos murieron en pecado con todos estos socorros! Morir cubierto de ceniza y de cilicio; morir rodeado de sacerdotes y de religiosos es morir con edificacion, pero precisamente esto no es morir santamente. Morir santamente es morir despues de haber borrado todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de fe viva, de esperanza firme y de ardiente caridad; es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama; es morir con un amor de Dios que sobrepuje á todo otro amor. ¿Y será

todo esto muy fácil á quien amó tan poco á Dios durante su vida? ¿á quien casi toda ella la pasó sin pensar en morir bien?

¡Cosa estraña! si uno se ha de presentar en un teatro, si ha de subir á un púlpito para dar pruebas de su habilidad y de su sabiduría, se previene meses y años enteros para la funcion, aunque todo ello sea de bien poca consecuencia. Pero, mi Dios; ¿que tiempo de la vida se emplea en disponerse para bien morir, siendo así que esta importantísima disposicion pide de justicia todo el tiempo de la vida?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que nunca puede ser demasiada la preparación para hacer una cosa que no se ha de hacer mas que una sola vez, y que de acertarla ó no acertarla esta sola vez depende nuestra eterna suerte, ó dichosa ó desgraciada. Si fuera tan fácil lograr una buena muerte sin prevenirse para ella, muy necios hubieran sido los santos en afanarse tanto, y en emplear en esa preparacion toda su vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, ni derramar tantas lágrimas? ¿á qué fin privarse de todo comercio con el mundo para lograr la dicha de una santa muerte, si se puede morir santamente sin todas estas preparaciones, y aun sin ninguna?

Aquel gallardo jóven, que en lo mas florido de su edad abandona todo aquello que mas lisonjea las pasiones, y se va á sepultar en vida entre las paredes de un claustro religioso, ¿qué pretende con todo esto sino disponerse para una santa muerte? ¡Nos atreveriamos á no aplaudir, á no admirar su acierto, su juicio y su resolucion! Pero qué, ¡al mismo tiempo que nuestros hermanos, que nuestras hermanas, que nuestros amigos pasan su vida en el retiro, y entregados á los rigores de la penitencia para prepararse á una santa muerte, para conseguir la gracia final; nosotros engolfados en el bullicio del mundo, sepultados ó hundidos en medio de sus pasatiempos; nosotros amodorrados en un eterno olvido de esta muerte, poseidos de una ignorancia crasa sobre la preparación para ella; nosotros esperamos tranquilamente una muerte cristiana; nos lisonjeamos de que nos cogerá prevenidos, y que moriremos bien! ¿Pero hay cosa á que mas nos haya exhortado el Hijo de Dios que á esta preparacion, como quien tenia tan prevista nuestra negligencia?

Velad, nos dice, porque no sabeis la hora en que ha de venir el Señor. (*Math. 24.*) Estad en vela y prevenidos á toda hora, porque en la que menos lo pensais vendrá el Hijo del hombre. Por lo demás, añadió el divino Salvador, lo que os digo á vos-



otros, á todos se lo digo: *Quod autem dico vobis, omnibus dico. Vigilate.* Es menester estar prontos para abrir luego que el Señor llame á la puerta.

Fácilmente convienen todos en que es menester disponerse para morir bien; por eso se teme tanto una muerte repentina; pero al cabo, ¿qué efecto produce este miedo? ¿qué preparacion hemos hecho en virtud de él hasta el presente? Mientras tanto me puedo morir dentro de pocas horas; tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el último dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir en él? Si hubiera de morir esta noche, ¿estaria todo prevenido? ¿nada tendria que temer? ¡Solo pensar en esto me estremece! ¿Pero quién me asegurará hasta aquel momento? Y si desde este mismo momento no comienzo á prepararme, ¡qué dolor, qué desesperacion en aquella postrera hora!

No lo permitais, Señor, y pues me concedeis por lo menos esta hora, desde esta misma hora, mi Dios, me quiero disponer para morir bien, con resolucion de pedirlos todos los dias esta gracia.

JACULATORIAS. — Dadme, Señor, un conocimiento tan claro de los pocos dias de vida que me restan, que no dilate un solo instante disponerme para una buena muerte. (*Psalm. 101.*)

Solo aquellos que temieren á Dios en vida pueden esperar lograr una buena muerte. (*Ecc. 1.*)

#### PROPOSITOS.

1 No es de admirar que tantos mueran mal, habiendo tan pocos que aprendan á morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que se debe aprender en vida; es menester estudiarla mucho tiempo para enterarse de ella; y el estudio precipitado muchas veces solo sirve para descubrir mejor lo mucho que se ignora en esta importantísima ciencia. La mejor preparacion para la muerte es una santa vida; y nuestra vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia te ha de servir de nueva lección y de nuevo ejercicio, pidiéndote á tí mismo cuenta todas las noches de los progresos que has hecho en este estudio. Es utilísimo ejercicio hacer todas las obras como si fuesen preveniciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, y hasta las mismas honestas diversiones, todo nos puede servir para una santa muerte, haciéndolo todo con este espíritu. Impórtanos mucho saber el arte de bien

morir; el mas sabio en todos los demás es un pobre ignorante si no sabe este gran arte.

2. Además de esta preparacion general hay otras particulares que nunca se deben omitir. Todos los años has de escoger un dia para dedicarle enteramente á este gran negocio. Luego que despiertes te has de hacer presente en la imaginacion al supremo Juez, que te dice estas terribles palabras: *Redde rationem villicationis tuæ*; dame cuenta de tu administracion; y en una meditacion, por lo menos de media hora, examinarás si tienes prontas y ajustadas tus cuentas. No salgas de casa sin haber ajustado todo lo que faltare que ajustar. Nada omitas, y mucho menos en nada te perdones; mira que tienes que tratar con un Juez infinitamente despejado, á quien nada se le pasa; pero que al mismo tiempo quiere remitirse á tus mismas partidas. Declara los alcances en una sincera confesion que preocupe su juicio definitivo. Despues de arreglar los negocios de tu conciencia, arregla los de tu familia. Es imprudencia esperar á la última enfermedad para disponer de tus bienes. *Fac testamentum tuum*, dice S. Agustin, *dum sanus es, dum sapiens, dum tuus es.* Haz tu testamento cuando estás sano, cuando sabes lo que haces, y cuando eres verdaderamente tuyo; es decir, cuando le puedas disponer con entera libertad. Comulga como si aquella hubiera de ser la última comunión de tu vida; y si pudiere ser, sé tú el ejecutor de tus legados pios. Por la noche procura tener la oracion sobre la sepultura, ó á lo menos en la iglesia donde naturalmente te han de enterrar, y donde algun dia ha de estar espuesto tu cadáver á vista del pueblo. Todo lo que leyeres en este dia ha de ser acerca de la muerte; y en él á nada has de atender, ni te has de ocupar en otra cosa que en el negocio de la salvacion. Pero no basta un dia al cabo del año; un dia de retiro cada mes es tambien una excelente preparacion para la muerte. Al fin del tomo segundo del *Retiro espiritual* encontrarás admirables ejercicios prácticos para esta preparacion.

#### DIA XXI.

#### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN HILARION, abad, cuya vida llena de virtudes y milagros escribió S. Jerónimo, en Chipre. (*Véase su vida en las de mañana.*)

EL TRÁNSITO DE LAS SANTAS URSULA Y SUS COMPAÑERAS, en Colo-